

Características meteorológicas en España de cada mes del año (*)

Las características meteorológicas de cada mes que aquí se dan no son las que vayan a observarse en 1943, ni en ningún otro año, sino las que es frecuente que se registren en los años normales. Sólo en este sentido deben tomarse.

ENERO.—“Enero, claro y heladero”, dice sabiamente el refrán. Y, efectivamente, si el invierno se presenta normal, a principio de este mes llega a España una ola de aire frío, la más intensa que recibe la Península. Del 6 (Reyes) al 10 suele registrarse la temperatura más baja del año. Todo esto no ocurre si en diciembre se presentó ya una invasión de frío intenso. Un cielo limpio y transparente deja por entonces que se vea la luna con una nitidez deslumbrante—“A la luna de enero yo te comparo, que es la luna más clara de todo el año”—, fenómeno debido a la pureza y sequedad de las masas polares de aire, que son las dominantes sobre la Península durante este mes, en el cual el sol de mediodía trae un optimismo prematuro, pues al llegar a la última decena es frecuente que una segunda ola de aire helador europeo nos invada y agarrote.

Salvo en Galicia, suele llover poco en enero. Unos doce días en Galicia, cinco en Castilla y ocho en Andalucía.

(*) Prohibida la reproducción.

FEBRERO.—“Si la Candelaria (día 2) plora (llueve), invierno fora”, empieza diciendo en refrán. Y es que si la segunda ola de frío de enero ha llegado a su debido tiempo, termina con un temporalillo de lluvias, que al absorber vientos tropicales templados producen un aumento de temperatura y, por la todavía dominante linpidez de la atmósfera, una confortante sensación de calorcito al sol—“En febrero busca la sombra el perro”—. Pero si la dicha ola de frío de enero se retrasa y llega en febrero—“La Candelaria no plora—el tiempo anda desarreglado—invierno ni dentro ni fora”—, con lo que justifica entonces su fama de loco.

Febrero es el mes más seco del invierno—no del año, pues eso en España lo son julio y agosto—, excepto en la región valenciana. En Cantabria llueve unos diez días, y en el resto de la Península unos seis.

MARZO.—Comienza este mes, por lo general, con una paralización de la subida térmica iniciada a últimos de febrero, paralización debida a un temporal del Atlántico, que por esos días es normal que sobrevenga. A continuación de él, un alza algo intensa de temperatura va seguida de una caída, que puede ser brusca—“Marzo marcea”, dice el pueblo—, y al acabar el mes se presenta ya un veranillo, que en la vegetación se caracteriza porque florecen con su venida muchos árboles. Este, pues, es un momento de los críticos para la realización de las observaciones fenológicas.

Al contrario que febrero, marzo suele ser el mes más lluvioso del invierno. En Cantabria llueve unos quince o veinte días, en Castilla unos quince y en Levante unos diez.

ABRIL.—Una baja de temperatura, posible ya al finalizar marzo y sumamente brusca y rápida, suele presentarse al comenzar abril. El refrán dice: “Si marzo vuelve el rabo, no queda oveja con pelleja, ni pastor enzamarrado”, y efectivamente, esa baja es causa de graves daños en la salud y en la vegetación. Pasado este peligro, que no asusta al cuclillo—“A 3 de abril, el

cuclillo ha de venir”—, iníciase una subida deliciosa de la temperatura, un veranillo poco duradero, en el que florecen las lilas. Por ser muy efímero, “El que no guarda leña para abril, no sabe vivir”.

“En abril, aguas mil, y todas caben en un barril.”
¿Por qué? Pues porque al iniciarse la llegada de masas de aire atlántico tropical, que da origen a los primeros y juguetones temporales abribeños aguafiestas, cesan los movimientos lentos de la pesada masa aérea invernal que dominaba sobre la Península, y comienzan los rápidos y desconcertantes de primavera.

MAYO.—La primera decena de este mes suele ser de agradable temperatura en España y florecen en ella una gran cantidad de plantas, entre otras las rosas. Acaece, sin embargo, con frecuencia que sobrevengan las temidas heladas tardías que en Europa se presentan de ordinario durante los días 11 al 14, en los que se celebran las festividades de San Mamerto, San Pancracio, San Servando y San Bonifacio, a los cuales se ha dado por ese motivo el nombre de Santos de hielo. Muy típico de la mitad de este mes es la formación de las primeras tormentas del año, ocasionadas por los veranillos prematuros que en esta época se presentan, cuando todavía la atmósfera está cargada de la humedad que dejó en herencia abril.

Aunque el deseo popular es que “Abril lluvioso saque a mayo florido y hermoso”, en realidad suele ser mayo el lluvioso en las cuencas del Duero y del Ebro, en las cuales puede ocurrir que la cantidad de agua recogida en él sea la máxima del año. Llueve de quince a veinte días en Cantabria, y en el resto de España, de cinco a diez.

JUNIO.—En la primera decena de junio—“Hasta el cuarenta de mayo”, que dice el refrán muy sabiamente—se presentan bajas de temperatura inesperadas. Pero a partir de esa fecha el equilibrio térmico entre el aire, ya muy templado, y el suelo, caldeado cada vez más, llega a ser bastante estable, y se lanza el termómetro a

una desenfadada subida, que no cesa, de ordinario hasta el día 21 ó hasta San Juan (día 24). Tal exceso de calor atrae hacia la Península vientos marítimos y un frecuente temporal, que allá por San Pedro (día 29) no suele dejar de presentarse, amenazando a los labradores con que van a descargar muchas tormentas, malogradoras de sus esperanzas. “San Pedro lluvioso, treinta días peligroso”, dicho poco exacto.

En la mitad norte de España es ya un mes de escasas lluvias—unos cinco a diez días—, y en la meridional y de Levante, de manifiesta sequía.

JULIO.—Días de fresquito consolador son los primeros, seguidos de una subida implacable y sostenida en la segunda decena, subida térmica que se mantiene en la tercera, en la que muchos años se registra la temperatura máxima del año.

Pocas lluvias hay que registrar en julio. Sólo las tormentosas y dañinas. “Por mucho que quiera ser, en julio poco ha de llover.”

AGOSTO.—“Primer día de agosto, primer día de invierno.” Es cierto. ¿Por qué, se dirá, si precisamente en agosto es cuando se registran de ordinario las temperaturas máximas del año? Pues porque el día primero de este mes suele coincidir, poco más o menos, con el punto de simetría de la curva anual de temperatura. Doblada por este punto coincide, en general, la curva descrita desde enero con la que falta por recorrer hasta diciembre. De todos modos, pasada la primera decena, que suele ser relativamente no muy calurosa, se registran las máximas del mes para descender, a veces inesperadamente, por San Bartolomé (día 24), a causa de un temporal que por entonces suele visitarnos, y también al ya sensible acortamiento de la duración de los días. “En agosto, frío en rostro”.

De lluvias, poco o nada hay que hablar en este mes.

SEPTIEMBRE.—De principio a fin de septiembre suele descender la temperatura unos diez grados, y de un

modo continuo si no hay tormentas, que son muy frecuentes en este mes, o a saltos si las hay. El pueblo dice: "Septiembre es bueno si del primero al treinta pasa sereno"; pero si así no ocurre, "Septiembre, se tiemble". En la segunda quincena del mes es casi seguro que se presenta un primer temporal, que representa la primera llegada de aire polar, de aquel que en los meses caniculares estuvo recluído en las regiones árticas, y que en septiembre empieza a desperezarse. Esta primera acometida de frío queda terminada por la llegada de aire tropical, "veranillo de San Miguel" (día 29).

Las lluvias aumentan en este mes de un modo súbito; de tal modo, que en algunos lugares se pasa a veces del mínimo pluviométrico del verano al máximo de otoño. De cinco a diez suele ser el número de los días lluviosos en septiembre.

OCTUBRE.—A los días desapacibles que al comenzar el mes origina el clásico temporal, tan temido por los marinos, que se llama el "cordónazo de San Francisco" (día 4), suelen seguir otros muy apacibles; quizá los más deliciosos y benignos de todo el año. La temperatura se conserva entre los límites más deseables: los 10 y los 20 grados. Pero al acabarse octubre llega a la Península el primer temporal ya bien formado y extenso del Atlántico, y las lluvias, con el consiguiente enfriamiento, dominan la situación y quitan del ánimo toda ilusión de perenne bienestar. La baja de temperatura suele ser de unos seis grados a lo largo de todo el mes.

Las lluvias puede ocurrir que sean en él las mayores del año en el litoral cantábrico y en el de Andalucía, pero no en Levante—donde suele presentarse en febrero—, ni en Cataluña, en donde no acaece hasta noviembre.

NOVIEMBRE.—Es característico de este mes que el descenso de temperatura que comenzó en agosto se haga muy lento: sólo unos cuatro grados desde el primero

al último día. En las alturas, sin embargo, al iniciarse el mes, ya se registran heladas—"Por Todos los Santos (día 1.º), hielo en los altos"—; pero pasada la primera decena, que suele ser turbia y revuelta por la llegada del citado primer temporal ya serio que comenzó en octubre y se prolonga con machaconería durante unos quince días, invaden la Península vientos atlánticos tropicales, que dan origen al clásico "veranillo de San Martín (día 11) o del membrillo", así llamado porque con exactitud matemática florecen en él esos árboles, no antes ni después. Al llegar a mediados, por San Eugenio, maduran las bellotas, y termina con eso el veranillo, al cual sigue de ordinario un temporal largo y monótono, que riega con abundancia la Península. El termómetro va aproximándose a los 0 grados—"Por San Andrés (día 30), hielo en los pies"—, y el invierno meteorológico da comienzo.

En Andalucía se presenta en este mes el máximo anual de lluvias, si es que ya no se registró en marzo. En general, en toda España son pródigas las nubes, salvo en la cuenca del Ebro, y la nieve comienza a cubrir los montes, para descender hasta la llanura en los últimos días.

DICIEMBRE.—Las primeras heladas se registraron ya en noviembre, pero la temperatura aun ha de descender constante, pero lentamente, en diciembre. La serenidad que suele ofrecer la atmósfera en los primeros días es causa de que el enfriamiento nocturno sea muy intenso, y que las máximas de temperatura sean, en cambio, más altas, relativamente, de lo que podía esperarse de la época. Al acabar el mes suelen venir de Europa las primeras acometidas de frío, las primeras olas invernales, a veces las más intensas del año. Una ola, al menos, no deja de alcanzar la Península, allá por Navidad o por los Santos Inocentes.

Las lluvias saturan de agua durante este mes el litoral cantábrico. En el resto de la Península vuelve a repetirse lo de enero, es decir, predominan las lluvias de la mitad occidental sobre las de la oriental. J. L.